
Cultura, ciudadanía y desarrollo en tiempos de globalización

Martín Hopenhayn

*Comisión Económica para América Latina y
el Caribe
Organización de las Naciones Unidas
Santiago, Chile*

Las relaciones entre cultura, ciudadanía y desarrollo tienen, al calor de la globalización, un ritmo vertiginoso de recomposición. Nuevos signos obligan a nuevas lecturas: nuevas formas de autorrealización o alienación por vía del éxtasis comunicacional (Baudrillard 1985); paso de la interlocución presencial al diálogo a distancia como expediente cotidiano de vínculo con el otro;¹ nuevas formas de individualidad en la dinámica de flujos y redes; el conflicto cultural como nuevo “punto focal” en la agnóstica que une la conciencia personal con la planetaria; y tantos otros (véase Calderón, Hopenhayn y Ottone 1996; Gallo 1990; Huntington 1993; Minc 1993 y Ruffin 1991).

Quisiera hurgar aquí en un par de puntos que pueden motivar el diálogo. Primero, la globalización hegemónica ejerce un impacto violento sobre los modos en que articulamos nuestra integración simbólica con nuestro bienestar material (y con ello, fractura de la imagen clásica de modernización en la conciencia del individuo). Segundo, quisiera considerar algunos impactos de la dimensión *mass-mediatizada* y *mass-mestizada* de la globalización sobre el individuo, tratando de rescatar allí nuevas pistas para el desarrollo de la subjetividad.²

Globalización hegemónica: sobre cómo se quiebra el vínculo entre integración simbólica y bienestar material

Las últimas dos décadas registran un ritmo vertiginoso de avances del conocimiento científico y tecnológico, particularmente

en el campo de las comunicaciones, la microelectrónica, la biotecnología y la creación de nuevos materiales. El impacto de estos avances ha generado un nuevo paradigma productivo cuyo eje es el conocimiento y la innovación, y desde el cual se reconfiguran las formas en que se organiza la actividad económica. Estos cambios constituyen los cimientos de un proceso creciente de globalización de la economía, de impulso al comercio internacional y de un fuerte protagonismo de las empresas transnacionales. Nos encontramos con la aparición de un mundo único, de un espacio económico global, escenario de una competitividad en la cual cada vez más se perfila la posesión de la información, el conocimiento y el desarrollo de la innovación como las claves para un desarrollo exitoso (véase CEPAL-OREALC 1993).

La globalización, en la forma que se despliega de manera hegemónica, pone en tela de juicio la imagen clásica de integración social. Históricamente, los mitos del desarrollo y la modernización, hasta la década de 1970, asociaban estrechamente la integración simbólica y la material. El acceso a vivienda, empleo moderno con ingresos crecientes, servicios de salud e infraestructura urbana se asociaba a mayor movilización social, participación política, interconexión cultural y educación formal. Este vínculo claro en el imaginario del desarrollo hoy día está roto y sus efectos sobre los niveles de integración y descomposición social son inciertos (véase Hopenhayn 1994a).

En la medida en que la globalización impacta sobre las sociedades nacionales exacerbando simultáneamente su segmentación social y su apertura comunicacional, altera fuertemente expectativas y patrones de comportamiento. El individuo medio de una sociedad periférica se ve obligado a disociar entre un amplio menú de consumo simbólico y otro, mucho más restringido, de acceso al progreso material y a una mayor participación en la carrera del progreso. La ecuación de la síntesis debe recomponerse en la cabeza de la gran mayoría de latinoamericanos que se tragó el cuento de la modernización con *happy ending* incluido. Por ningún lado asoma ahora esa síntesis que se esperaba obtener de la modernización clásica entre integración material (vía redistribución de los beneficios del crecimiento) e integración simbólica (por vía de la política y de la educación). Asistimos más bien a una caricatura, con un portentoso desarrollo de opciones de gratificación simbólica por vía de la apertura comunicacional, y una concentración creciente de los beneficios económicos de la apertura externa en pocas

manos. Para los demás, las manos vacías y los ojos colmados con imágenes del mundo.

A la vez que la integración social-material parece agotar todos sus viejos recursos, nuevos ímpetus de integración simbólica irrumpen desde la industria cultural, la democracia política y los nuevos movimientos sociales. Llámese intercomunicación a distancia, apertura de espacios públicos, autodeterminación de sujetos sociales, lo cierto es que parecieran darse de maneras muy diversas nuevas formas de integración simbólica que obligan a repensar desde hace más de una década el campo de la democracia y el papel de los nuevos movimientos sociales. (Véase Lechner 1984; Flisfich 1981 y Germani y otros 1985 en lo relativo a nuevas concepciones de la democracia. Respecto del papel de los movimientos sociales, véase, por ejemplo Jelin 1987; Ballón 1986; Touraine 1984; Calderón 1986; Evers 1984; Castagnola 1986 y Razeto y otros 1983). La globalización pone también aquí su decálogo: respeto a las diferencias, democracia institucional y vigencia de derechos políticos fundamentales, y la conexión con la pantalla.

Sin embargo, la integración simbólica, a la vez que crece en sus posibilidades, se ve erosionada por la segmentación en el acceso. Si bien el floreciente complejo cultural industrial parece prometer nuevos ímpetus de integración simbólica, éstos se estrellan contra el muro opaco de la falta de integración social. El acceso segmentado a nuevos avances de la industria de comunicación e información mantiene a gran parte de la sociedad en una posición de rezago relativo, con el riesgo de ver ensanchadas las distancias en niveles de productividad, acceso a nuevos mercados y desarrollo de las facultades adaptativas. De una parte, el abaratamiento de nuevos bienes y servicios de la industria cultural, y su ductilidad para penetrar en distintos ambientes socioculturales, se levantan como una promesa de mayor integración. Pero, por otra parte, las nuevas formas de analfabetismo cibernético se ciernen como una amenaza sobre los amplios contingentes de latinoamericanos que no acceden a ninguna forma de informatización (véase Hopenhayn 1994b).

Queda por ver qué ocurre en otros campos de integración simbólica, como las tan referidas nuevas formas de producir y recibir conocimientos, y de nuclearse con los pares. En el campo de la transmisión de saberes, asistimos a una mayor diversificación en el acceso a la educación y el conocimiento, lo que permite soñar con la utopía de "para cada cual, el modelo de aprendizaje que desea; y de cada cual, el conocimiento que logra codificar". Pero esta nueva

forma de canalizar las pulsiones individuales en formas socialmente reconocidas se estrella contra otro muro que crece día a día: el de la estratificación social de la calidad de la educación (véase Hopenhayn 1996b y CEPAL 1995). Hay tanto más para aprender, y formas tan novedosas de hacerlo, pero la incorporación de esta vorágine en el sistema de transmisión social de conocimientos se hace de manera estratificada. Esta estratificación es evidente en la brecha social en el acceso oportuno a una oferta educativa de calidad y a conocimientos y destrezas que facilitan la incorporación al trabajo y al intercambio social del futuro. Tal desigualdad lleva a que los jóvenes urbanos de pocos recursos ven pasar la integración por la vereda de enfrente. No acceden a buenos trabajos, pero sí al discurso que pregona las virtudes del crecimiento económico, las bondades del salto educativo *ad portas* y el salto a la modernidad del país. Brecha que no se salda entre el discurso del modelo y cómo plasma en la vida cotidiana.

Paradoja de la globalización: crecen las brechas sociales y también las redes. Las sociedades se fragmentan, pero a la vez se enriquecen con la diversidad. Convive la concentración del ingreso y de la productividad, con nuevos movimientos sociales y de autoafirmación cultural en la base del tejido social. Suben los puntos en la integración simbólica mientras la desintegración material es un escándalo. Tal vez el escándalo no se traduce en grandes movilizaciones sociales precisamente porque la gente encuentra sucedáneo en los canales de integración simbólica. Tesis plausible, aunque sólo sea conjetural.

La globalización plantea serios problemas de conciliación, agudizando lo que Alain Touraine (1992, 1997) señala como gran problema y desafío de la modernidad hoy, a saber, la tensión entre subjetividad y racionalización. Esta tensión tiene muchas facetas. En la política, tensión entre la estandarización de las fórmulas de inserción global (ajuste, dolarización, reducción del Estado social, privatización y reconversión productiva en el mejor de los casos) y la esperanza nunca resignada de idear proyectos propios de futuro para la sociedad nacional. En la economía, la tensión entre una racionalización competitiva cada vez mayor para acceder con ventajas en el concierto global y la necesidad de una solidaridad extendida que contrapesa los efectos concentradores de la apertura externa y del mercado (Razeto 1983; Max-Neef, Elizalde y Hopenhayn 1986). En la organización de la vida personal, la paradoja entre una exposición creciente a mensajes de los otros y la búsqueda de espacios de autonomía y expresión propia. En el acceso al conociemien-

to, la tensión entre la selectividad funcional y la aspiración a la creatividad. En el intercambio mass-mediático, cada vez más diferenciación de oferta, pero también cada vez más "obesidad" por sobrepoblamiento de mensajes (Baudrillard 1985). Todo se expresa con la marca de la doble cara. En la era de la globalización la historia pide, más que nunca, conjugar los deseos subjetivos y los imperativos de la racionalización.

La concentración en el aula se tensa con la fuerza dispersora de los *multimedia*. Entre los integrados a la nueva ola, la diversificación de actividades e inversiones multiplica las redes de relaciones entre pares. Estas relaciones pueden ser provisionarias y "tácticas" en un mundo que el propio protagonista define como un campo de cambios continuos. El sentido de la oportunidad se agudiza más que nunca. Una voluntad de lucha, recubierta con el eufemismo de los "juegos", se despliega. Los movimientos de capitales se aceleran y el ojo debe ir a la velocidad de la mano. En el consumo, los sectores altos interiorizan el mismo patrón de diversificación y aceleración. Para capitalizar la oferta de una gama creciente de bienes y servicios, hay que mantener la misma hiperkinesia en el consumo que en las inversiones. La vida entera se *racionaliza* para poblar lo cotidiano de múltiples efectos especiales: partidos de tenis, cursos de relajación, gimnasios con sofisticada tecnología, producción de videos caseros, juegos en la computadora, comunicación con redes internacionales a través de un terminal en el hogar, viajes virtuales o en paquetes, y la inmortal televisión. La vida en la urbe se puebla de compensaciones, busca equilibrarse entre la intoxicación de su aire y el dinamismo de su desarrollo. Como si este equilibrio dinámico, o esta necesidad de encontrar un equilibrio de fuerzas regresivas y progresivas, obligara al individuo siempre a seguir moviéndose, avanzando, inventando. La inercia en la megalópolis latinoamericana tiende a la regresión: más contaminación, más densidad, más tráfico y más alienación. Para contrabalancearla, se necesita siempre más progreso, mayor energía en la fuga hacia adelante. Como una fábrica gigantesca, la aldea global sólo se muestra productiva cuando humea.

En este contexto hay más integración y también más desintegración. Se puede presumir un desplazamiento en las expectativas de integración social, que ya no se limita al acceso a bienes materiales o a servicios básicos, sino que incluye también el acceso de múltiples fuentes a información, conocimientos, decisiones, comunicación, representatividad política y visibilidad pública. Pero como señalé, esta tendencia depende también de la

distribución de los nuevos bienes y servicios de la industria cultural entre distintos segmentos socioeconómicos. Los niños y jóvenes “informatizados” son una minoría en América Latina: sea porque acceden a colegios de élite, sea porque forman parte de familias donde la computadora se ha incorporado a la vida de hogar, cuentan con una ventaja considerable respecto de tantos niños escolarizados que comparten, con suerte, un monitor para una aula entera. Esto redefine de manera inquietante el límite entre integrados y excluidos. El acceso segmentado a los nuevos bienes de comunicación e información mantiene, pues, a gran parte de la sociedad en una posición muy marginal en materia de inserción laboral, acceso a nuevos mercados y desarrollo de las facultades de la inteligencia (Hopenhayn 1994b).

Una cosa es navegar por Internet en el barrio alto, otra es vivir sumido en la pasta base de cocaína en los barrios bajos. En ambos casos el individuo encuentra formas inéditas de viajar: fuga hacia el mundo distante o hacia los mundos internos donde nadie entra. Ambos son efectos de la globalización: más acceso a interlocución y también a intoxicación. La droga no viene por casualidad. La exclusión social, la tensión de la ciudad, la pérdida de sentido colectivo en un dinamismo modernizador que promueve el individualismo, son caldo de cultivo para incorporar la resaca del mercado en los enclaves que están fuera de la carreta del progreso. Droga fina en el mundo de los ricos, veneno puro en el mundo de los pobres. Las riquezas livianas conviven con las pobreza duras, pero no se mezclan.

La ciudadanía segmentada

La *ciudadanía segmentada* es otro fenómeno disruptivo. ¿A qué se refiere esta segmentación? En primer lugar, a las limitaciones del “concertacionismo” cuando se trata de incorporar a una mesa de diálogo público a los sectores que no “agregan” sus demandas (véase el capítulo final de CEPAL 1992). Si la institucionalización de la democracia tiende hoy a girar, semántica y valóricamente, en torno a la idea de una concertación ampliada, esto contrasta con la falta de presencia pública y de acceso a decisiones de una parte importante de la población. Ni la descentralización ni las invocaciones parlamentaristas han podido paliar este problema. Para muchos, los alcances de las democracias vigentes resultan inciertos cuando se trata de incorporar las demandas de los excluidos a la negociación. La triple condición de marginalidad

La ciudadanía está en pleno proceso de redefinición en sociedades de “información”, “gestión” e “informatización”.

económica, territorial y política de los excluidos los condena a permanecer dispersos y atomizados. Su incorporación a los mecanismos de concertación obliga a crear nuevos canales de representación y nuevas formas de articulación entre el sistema político y el llamado “mundo popular”. Estos canales deben también construirse en un tiempo político oportuno, vale decir, antes de que el desgaste que produce la falta de acceso a una ciudadanía real lleve a los grupos excluidos a buscar expedientes fuera de la institucionalidad democrática y de la legalidad.

En este contexto es frecuente encontrar en la juventud popular urbana expresiones que aluden a su condición de exclusión respecto del juego de la concertación, la negociación política, la presencia pública en el procesamiento de demandas. Estos jóvenes perciben que el modelo vigente de concertación no los incluye, no recoge sus inquietudes, no procesa sus deseos y sus necesidades. Tal percepción lleva a una contra-reacción de impermeabilizarse a la política (el “no estoy ni ahí” es propio de los jóvenes en Chile) y protegerse contra quienes no los protegen. La indiferencia aquí debe entenderse como impugnación, interpelación, advertencia. El mensaje implícito es la protesta por un acceso muy desigual a los espacios de negociación, conversación y decisión.

En segundo lugar, la ciudadanía está en pleno proceso de redefinición en sociedades de “información”, “gestión” e “informatización”. No es ya sólo cuestión de disponer de derechos políticos, sino también de participar en condiciones de mayor equidad en el intercambio comunicativo, el consumo cultural, el manejo de la información y el acceso a los espacios públicos. Un “ciudadano” en una sociedad de la información y la gestión es aquél que dispone de conocimientos y bienes necesarios para participar como *actor* en los flujos de información y en procesos de gestión (véase Castells 1989).

Para lograr dicha participación, se precisan activos que las personas tendrán que adquirir mediante distintas fuentes de producción/difusión de conocimientos: deben poder expresar sus demandas y opiniones en los medios de comunicación de masas y

aprovechar la creciente flexibilidad de los mismos; manejar los códigos y las destrezas cognoscitivas de la vida moderna para adquirir información estratégica en función de proyectos propios y para recrear dichos proyectos; manejar las posibilidades comunicativas y el ejercicio de derechos para defender sus diferencias culturales y desarrollar sus identidades de grupo o de territorio; y tener la capacidad organizativa y de gestión para adaptarse a situaciones de creciente flexibilización en el trabajo y en la vida cotidiana, y para hacer respetar socialmente sus proyectos vitales. Junto a la demanda de vivienda, atención en salud y diversificación del consumo, se agrega con especial fuerza la demanda de información, conocimientos útiles, transparencia en las decisiones, mejor comunicación en la empresa y en la sociedad, y mecanismos de visibilidad pública e interlocución con otros.

En este nuevo campo de ejercicio de la ciudadanía, el protagonismo está segmentado según la disposición de destrezas (conocimientos y técnicas) y de bienes y servicios (acceso a redes, flujos, proyectos “competitivos”, etc.). Una vez más, los jóvenes de bajos ingresos se encuentran allí en una posición de claro rezago relativo. Su “producción de subjetividad” no encuentra correlato en los circuitos en que se produce información, se consagran los mensajes, se atienden las propuestas.

En tercer lugar, la ciudadanía segmentada está en estrecha relación con un acceso muy desigual a la justicia. El problema tiene múltiples facetas: la falta de confianza ciudadana en organismos de justicia, protección y seguridad; las deterioradas condiciones carcelarias y demoras de procesos penales; la falta de acceso a una defensa justa entre personas de bajos ingresos y, en muchos casos, la permanencia de personas bajo arresto por la postergación de sus procesos; y la percepción de impunidad que la ciudadanía tiene respecto de algunos sectores cuyos delitos van desde la violación a los derechos humanos hasta la corrupción y el narcotráfico.

El acceso desigual a la justicia constituye un problema de magnitud creciente, cuya consecuencia más nefasta y explosiva es la propia deslegitimación del sistema judicial y de protección ciudadana. La falta de confianza en el sistema de justicia y seguridad alienta conductas anómalas y corroe el sistema de valores compartidos que toda comunidad requiere para su convivencia. Construir y profundizar esa confianza requiere de un sistema judicial transparente, justo y eficaz; un sistema de seguridad que inspire protección y respeto a la integridad física de las personas; y un sistema

penal que impida tanto la impunidad como la degradación moral de las personas.

En esto también la juventud popular constituye una población especialmente vulnerable. Variables de edad, sociabilidad y precariedad en acceso a la justicia los llevan a percibirse como ciudadanos de tercera y cuarta categoría. Una reacción que tarde o temprano surge allí es el escepticismo respecto de la ecuanimidad del sistema judicial, con las consiguientes conductas que se desprenden de esto: transgresión a la ley, búsqueda de "atajos" al margen para procurar lo que se requiere, resocialización en la cultura del delito, asumir la justicia en las propias manos. Es claro el efecto disruptivo de este aspecto de la ciudadanía segmentada.

Globalización mass-mediatizada y mass-mestizada: entre la disipación posmoderna y el grito duro

Diluidas las imágenes de emancipación de masas, las utopías totalizadoras y la norma de una cultura única, el mercado y la racionalidad instrumental tienen un efecto de dispersión de la vida social. Los lazos se hacen provisorios y precarios, según el proyecto de vida personal y los gustos de cada cual. La expansión de un mercado cultural profesionalizado abre opciones segmentadas, al interior de las cuales podría constituirse una amplia variedad de microsociedades. La indiferencia hacia otros grupos de pertenencia se contrapesaría con la cohesión-provisoria, pero fuerte-hacia el grupo de pares. El tejido social se vería simultáneamente atomizado y enriquecido por una telaraña de sensibilidades, lenguajes, especialidades y estrategias de vida que a su vez cobrarían una *visibilidad segmentada* en los medios de comunicación de masas.

Todo ello produce un curioso efecto de mestizaje en el consumo y en las comunicaciones. La misma flexibilidad de imágenes, códigos, lenguajes y reglas que forma parte de la tecnología del video-juego, los juegos de computación o la transmisión de imágenes virtuales, desencadena un estado de *metamorfosis continua* de imágenes, símbolos y tradiciones (véase Calderón, Hopenhayn y Ottone 1996; Hopenhayn 1994 y 1994b; Brunner 1988 y 1990; y García Canclini 1990). Las combinaciones son inagotables. La cultura pasa de una condición mestiza a una recreación desenfrenada del acto mismo de "mestizar": todos los días reaparece, como parte de la carrera de la propia industria de imágenes, una nueva versión del encuentro entre españoles y araucanos. No es claro el impacto de estas nuevas tecnologías culturales en la visión de mundo de los

niños y jóvenes que comienzan a enchufarse a las nuevas olas de la industria cultural. ¿Qué ocurre en la cosmovisión de un alfabetizado de segunda generación, que todavía mantiene en su orden simbólico ciertas tradiciones y valores vernáculos, cuando se lanza en el vértigo de entrada-salida a mundos nuevos cada vez que se enfrenta a una pantalla de video o computadora? ¿Cómo influye en la capacidad selectiva, en la imagen del planeta y del lugar específico que cada cual ocupa en el planeta, y en el almacenamiento intelectual de información de la gente, el hábito de los jóvenes de llegar al hogar por las tardes y empezar con *zapping* entre más de 20 canales posibles de televisión, provenientes de más de 20 países?

La globalización tiende a la desidentidad, a la deshabitación, a desingularizar a sus habitantes. Espacios y símbolos de la estética posmoderna anulan la ciudad, la reconstruyen clónicamente, en maqueta y en versión ascéptica, la hacen perfectamente ubicua, situable en cualquier punto del planeta. La globalización parece asociada a una explosión expresiva, pero al poco rato toda expresión parece nacida de la misma mecánica combinatoria. Todo escaparate es parte de un menú previsto, pieza de un *zapping*. El nuevo centro comercial es una epifanía secularizada pero que a la vez niega toda posible revelación de sentido: su irrupción modifica y anula todo. Es parte del mosaico, pero también es la gran metáfora de una cultura que ha erradicado la convicción de los sentidos en aras de la obesidad de los significantes. También el local público de *video-games* es parte y metáfora. Allí la narración ha quedado vaciada para hacer posible el titilar puro del simulacro y la textura. Las modas y los objetos privilegiados de consumo son otra metáfora. Fundan una mezcla de obsolescencia acelerada y combinatoria irrestricta. El mercado asegura facilidad de identificación simbólica con sus productos; pero este apego es tan fugaz que se requiere mucho dinero para saltar de una satisfacción simbólica a otra (véase Sarlo 1994 y Hopenhayn 1996). Como en el *zapping* televisivo, la ciudad tiene esta combinación de velocidad y disolución. El *video-game*, el *zapping*, el *shopping* y el consumo febril han sepultado el silencio y la pausa, elementos sutiles que tanta intensidad dispensaron al arte moderno (pensemos en Miles Davis, Antonioni, Bergman, John Cage). La vida en la ciudad pretende mostrar un mundo lleno de matices, pero confunde el matiz con el brillo. La música disco primero, tekno después: sacrificio de la cadencia por el hiperritmo programado. La creatividad musical se confunde con la repetición de estructuras; se habla de creativos y se denota a los publicistas. Finalmente, la inmortal televisión mezcla

la democracia informativa con el fetiche de los ídolos, donde co-existe el pluralismo de actores con el totalitarismo publicitario. Absoluta familiaridad de lo público, pero también absoluta reclusión del intercambio en los espacios cerrados. Como el mercado, la televisión pareciera poner todo al alcance y vista de todos; pero el mercado es absolutista, por cuanto se reserva una mecánica *discrecional de consagración* de los productos y un peaje de ingreso que sólo las minorías transnacionalizadas pueden pagar.

No hay identidades que resistan incólumes más de unas horas ante la fuerza de estímulos provenientes de todos los rincones del planeta por vía de una gama creciente de fuentes informativas. La estética del *collage* y del *pastiche*, tan cara a la sensibilidad pos-moderna, no es casual: constituye una metáfora de esta condición de continua recomposición de sensibilidades y mensajes culturales. Epítetos como "hibridez" y "sincretismo" se hacen cada vez más frecuentes en el análisis de los procesos culturales actuales. No hay, en este sentido, ni un límite claro para hablar de la industria cultural, ni una frontera para delimitar identidades culturales. Es en esta dinámica de *disipación de fronteras* que cabe situarse para entender tanto los procesos culturales como su estrecha articulación con la "extroversión comunicativa" que representa el complejo de *mass-media* en su versión globalizada.

Frente a estas dinámicas, la producción de sentido colectivo en los jóvenes es una caja negra o al menos una caja de pandora. Puede, por ejemplo, desembocar en un atrincheramiento cultural y valórico que adquiere rasgos mesiánicos de distinto tipo: movimientos escatológicos de izquierda y movimientos neofascistas de derecha, probablemente marginales y sin perspectiva de alterar el patrón de desarrollo capitalista, pero con efectos disruptivos en el orden público y en la seguridad ciudadana; grupos esotéricos cerrados que objetan en blóque todo lo que huele a modernidad y progreso; cruzadas de "purificación" con distintos códigos morales que se lanzan al terrorismo espiritualista; y/o grupos de fanáticos de estrellas de rock que promueven un culto satánico (a lo Iron Maiden) o una ascepcia militante (tipo Michael Jackson).

Un fuerte móvil para ello es la pertenencia a un grupo en el cual se acentúa el grado de identificación colectiva: ante la falta de proyectos colectivos y de motivación política, la pertenencia orgánica a un movimiento neotribal o de valores fuertes podrá servir como estrategia de identidad social para millones de jóvenes huérfanos de un relato integrador. Los jóvenes tienden a buscar una visión de mundo reconciliada con un proyecto personal de vida. La

identificación sin reservas a una utopía escatológica podrá operar como forma de *inclusión en la dispersión*. Los mismos sedimentos mesiánicos y redentoristas que quedaron dispersos con el derrumbe de las imágenes de emancipación de masas, con la rutinización de la política, con la persistencia de grados importantes de exclusión social y con la tendencia ritualizante en el consumo, podrán ser caldo de cultivo para la aparición de sucedáneos de identidad para la juventud que tiene la identidad segmentada.

Pero en las antípodas del "atrincheramiento neotribal" está el efecto de dispersión que impone la cultura publicitaria. En el campo de los mercados culturales y la cultura del mercado, asistimos a un espectáculo incesante: infatigable secuencia de siluetas, figuraciones, re combinaciones hipercreativas. Los mercados culturales todo lo convierten en imagen, combinación, silueta o figura. El placer del espectáculo se impone sobre la pesantez de la vida cotidiana pero a la vez se niega a sí mismo por su rutinización que lo consagra y disminuye a la vez. Para algunos, sano contingencialismo después de tantas décadas de ideología pesada. Para otros, la banalidad enfermiza resulta de la pérdida de valores de referencia (véase Hopenhayn 1993).

Esta sensibilidad *light* se estrella, empero, con el muro opaco del descontento social; coexiste sin diluirse con los jóvenes "duros" de las ciudades latinoamericanas. La juventud popular urbana difícilmente puede aceptar la suave cadencia posmoderna desde su tremenda crisis de expectativas. Es esta juventud quien más interioriza las promesas y aspiraciones promovidas por los medios de comunicación de masas, la escuela y la política, pero no accede a la movilidad y al consumo contenidos en ellas. Así, estos jóvenes padecen una combinación explosiva: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el *potencial económico* de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado del trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las "reglas del juego limpio" para acceder a los beneficios del progreso. No es casual, pues, que tanto la violencia política como la

violencia delictiva de muchas de las ciudades latinoamericanas tenga a jóvenes desempleados o mal empleados por protagonistas.

En los mismos sectores, la *desmotivación política* es otro dato negativo desde el cual deben luchar por producir nuevos sentidos para la propia vida. Esta desmotivación tiene su hito iniciático en el colapso de los proyectos socialistas y, con ello, del mito del Gran Cambio Social. Este colapso produce cierta orfandad existencial, en la medida que impide la plena identificación del individuo con la colectividad, del sujeto con el movimiento de la historia, del joven con un ideal encarnado. El mentado fin de las ideologías lo es en este sentido: como ausencia de perspectiva de “redención” personal en un movimiento revolucionario o ausencia de “contextualización” del proyecto personal en un proyecto nacional (véase Ross 1988 y Hopenhayn 1994). Esta ausencia es especialmente crítica para la juventud popular urbana, por las siguientes razones. Primero, es la juventud la fase etaria en que se definen proyectos y se agudiza la pregunta por el sentido vital y horizonte temporal de la vida personal; segundo, la juventud popular percibe menores alternativas de desarrollo individual frente a sus contemporáneos, y por lo tanto requiere más de proyección simbólica; tercero, en el mundo urbano (en contraste con el rural) son más débiles los lazos “premodernos”, menos nítidos los valores de referencia y los mecanismos de pertenencia. De esta manera, la actual política no da respuesta ni relevo al “hueco vital” que dejó la pérdida de proyectos anteriores que, mal que mal, gozaban de mayor fuerza movilizadora, de identificación, “fusión” y promesas de protagonismo heroico. El sesgo pragmático, administrativo y muy *statu quo* que la juventud popular le atribuye al actual modelo y a la forma vigente de hacer política, refuerza este desencantamiento.

En este contexto de exclusión, se busca crear identidades grupales, fusionarse en intersticios y márgenes, revertir la naturaleza del sistema por los bordes, los huecos, las transgresiones cómplices y casi tribales. Las nuevas formas del paganismo buscan el mal en este último sentido, como *rebasamiento* del control y la identidad, inundación de la subjetividad en una fusión neotribal o en el olvido extático de sí mismo: drogas, barras bravas en los estadios, recitales de música progresiva. La exclusión se convierte en transgresión, en espasmo, combinando la gigantesca oferta de los mercados culturales con un impulso endógeno hacia la impugnación. ¿Qué se impugna? La racionalización de la vida moderna, el disciplinamiento en el trabajo y la regimentación del cuerpo. Amor libre

o erotismo furioso, baile sin reglas, música sin armonía o la recurrente desnivelación del alma: en todas estas manifestaciones recurre un cierto impulso pagano—la salida del cauce, la *desmesura* que alivia del tenaz esfuerzo por contenernos en una imagen funcional del yo. Sobre estas pulsiones se construyen identidades frágiles, fugaces, cambiantes.

La fusión neotribal vuelve con otro sentido, como repulsa y protesta contra un orden que prescribe la identificación con el *statu quo*, pero también como experiencia expansiva en esa misma protesta. El rechazo de los límites consiste menos en una invocación crítica que en un gesto afirmativo justificado por el rebasamiento causado en su artífice. El recurso a la transgresión implica otra propuesta contestataria: la distancia crítica se revierte en efusividad del desborde. No importa la falta de agudeza siempre que el derrame emocional sea una evidencia experiencial más que una propuesta, y que la transgresión sea afirmativa por la irrecusable explosión en la subjetividad. Importa menos su duración que su vibración, y menos sus encadenamientos hacia adelante que su recurrencia espasmódica (su eterno retorno). La proliferación de tribus urbanas es sintomática. Rock, fiesta improvisada, encuentro esotérico, manifestación espontánea o barras de fútbol, grupos anfetaminizados o canabizados, danzas terapéuticas constituyen balbuceos tribales por cuyo expediente se busca este coqueteo con lo no domado: como rebasamiento y fusión en el rebasamiento, autodisolución o fiesta dionisiaca en que convive la alienación del yo con la liberación del yo. La droga también expresa esta rebelión contra la autocontención gregaria. Nuevo panteísmo urbano-moderno despoblado de dioses pero hiperpoblado por energías, nuevo paganismo envasado en mil rituales que invitan a romper el tedio de la individualidad o el sopor de la consistencia (véase Hopenhayn 1997).

¿Pero hay algo más, o el gesto se agota en este grito que mira hacia el cielo? Quizás el paganismo neotribal de nuestras ciudades responde todavía a una sed de utopías: voluntad microutópica que busca aglutinarse en tribus o pequeños grupos y quiere constituir imaginarios irreductibles a la lógica del mercado, al consenso de superestructura y a la racionalización del trabajo. Es fusión, pero en la diferenciación: cada tribu lleva su inconfundible marca de repulsa y rebasamiento, concentración y fuga de energía; y cada ritual tiene un contenido específico que lo convierte en acto recurrente de diferenciación cuando congrega a su tribu. La voluntad neopagana vuelve en busca de una disolución singular e intransferible a otras

tribus u otros códigos de referencia, claramente distinta a la disolución estandarizada que opera en un creador de estética publicitaria, en el apostador en un hotel de Las Vegas o el orador del partido de masas. Si estas voces neotribales buscan el antagonismo o la incompatibilidad, no es por mera irracionalidad: la irreductibilidad a la Razón es para ellos, de manera paradójica, la única forma *productora* de una propia historia, "principio vital de desunión" del que habla Baudrillard.

New Age, rockero, hooligan, no blanco, rapero, salsero, chamán de ciudad, no racional o no productivo: no rompen el consenso político-institucional ni la racionalización productiva, pero sí revelan un *exterior* al interior del mundo que dicho consenso y racionalidad han construido y reproducen. Ese principio de desunión es a la vez re-unión fuera de las rutinas de contención y operacionalización de la energía. Allí la vida vuelve siempre a manifestarse como discontinuidad, exceso de individuación o de disolución respecto de la norma gregaria, cambio de marcha en el continuum, juego de contrastes. Como extrañeza y vértigo, como desequilibrio o anomalía, estas formas del mal guardan una última relación paradójica con el sistema: lo preservan de la entropía de la hiperracionalización, permiten líneas de fuga, pero a la vez revelan sus límites, rebasan en los intersticios.

Transculturalidad: ¿nueva utopía?

La apertura comunicacional pareciera consagrar dos opciones que anidan en las antípodas: o la complacencia acrítica (una cierta "desidia epocal" que se instala cuando todo se pone al alcance); o el atrincheramiento reactivo (salida fundamentalista antimoderna ante la dimensión secularizada de la globalización). Quisiera pensar una tercera opción que me seduce y provoca. La globalización nos pone una mirada de culturas, sensibilidades y diferencias de cosmosivión en la punta de nuestras narices. De pronto, recrear perspectivas en el contacto con el "esencialmente-otro" se vuelve accesible en un mundo donde la heterogeneidad de lenguas, ritos y órdenes simbólicos es cada vez más inmediata. Ya no es sólo la tolerancia del otro-distinto lo que está en juego, sino la opción de la metamorfosis propia en la interacción con ese otro. Pasamos del viejo tema del respeto a la aventura de mirarnos con los ojos del otro. Aquí encontramos una oportunidad para transitar de la disipación propia de la estética posmoderna, a una experiencia per-

sonal que puede ser más crítica, intensa y emancipatoria (Hopenhayn 1997).

No es sólo repetir la crítica al etnocentrismo y concederle al buen salvaje el derecho a vivir a su manera y adorar sus dioses. Más que respeto multicultural, autorrecreación transcultural: regresar a nosotros después de pasar por el buen salvaje, ponernos *experiencialmente* en perspectiva, pasar nuestro cuerpo por el cuerpo del Sur, del Norte, del Oriente, en fin, dejarnos atravesar por el vaivén de ojos y piernas que hoy se desplazan a velocidad desbocada de un extremo a otro del planeta, repueblan nuestro vecindario con expectativas de ser como nosotros, pero también lo inundan con toda la carga de una historia radicalmente-otra que se nos vuelve súbitamente próxima. Al decir holístico de Morris Berman, esto implica “un cambio desde la noción freudiano-platónica de la cordura a la noción alquímica de ella: el ideal será una persona multifacética, de rasgos caleidoscópicos por así decir, que tenga una mayor fluidez de intereses, disposiciones nuevas de trabajo y vida, roles sexuales y sociales, y así sucesivamente” (Berman 1997:273). Como en los delirios de Antonin Artaud, pasamos a reconocernos en personajes de otras historias y en paisajes de otras geografías, tal vez sin instalarnos nunca del todo en ellas tampoco. La metamorfosis intercultural encarna en sentido positivo el arte esquizoide de mezclar las miradas dentro de sí, rehacer en su propio cuerpo las biografías de los demás.

Pero no se trata tanto de dar la espalda a la propia historia como de abrirla al cruce con otras historias. La compenetración entre lenguas, formas de alimentarse y cuidarse el cuerpo, erotismo, constituye una nueva figura que tanto en lo personal como en lo colectivo pone a prueba la identidad. En las vertiginosas migraciones que van de este a oeste y de sur a norte, en la ubicuidad del ojo de cualquiera que ve el mundo a través del monitor, y en la progresiva culturización del conflicto político tanto a escala nacional como internacional, late un reto común: la compenetración de perspectivas que se desata en todas las direcciones amenaza—o promete—metamorfosis inéditas. Son cada vez más pluridireccionales, intensivos y acelerados los desplazamientos geográficos de culturas enteras, mientras los medios de comunicación masiva las ponen a todas en la punta de nuestras narices.

Un escenario en que se abren tantas posibilidades de singularización y síntesis suscita incertidumbres: ¿cuál es el límite de escala en esta dinámica de autoproducción-en-el-intercambio, hasta dónde existe agregación de combinaciones, dónde se ubican los

puentes sobre los cuales puede construirse un *imaginario común comunicativo* entre miles de síntesis neotribales? ¿En qué medida puede liberarse y sostenerse este ideal de autoafirmación personal si materializa en este modo *mass-mediaticado y mass-mestizado* de subjetividad?

No pretendo minimizar el peso vigente de la *ratio* como valor de cambio universal en el patrón hegemónico de globalización (*ratio* como racionalidad productiva, técnica, competitiva que se impone a toda otra sensibilidad o visión de mundo). Ni quiero soslayar la amenaza que el atrincheramiento cultural (reactivo a la globalización) le plantea a los valores de diversidad y tolerancia. Pero la existencia de la *ratio* como moneda internalizada por una proporción creciente de los individuos globalizados no debiera impedir, simultáneamente, la tendencia cultural hacia las antípodas: explosión centrífuga de muchas monedas en el imaginario transnacionalizado, combinaciones incontables que no responden a un cálculo meramente racional sino que imbrican emociones, sensaciones e incluso deseconomías. En esta opción hay una lucha pendiente por traducir la globalización a una mayor democracia cultural y, al mismo tiempo, a una mayor democracia en la propia subjetividad. Apertura horizontal de la cultura dominante a muchas otras culturas, y apertura del sujeto unilateral a muchas sensibilidades.

Hoy más que nunca hay libertad para afirmar la diferencia. Pero también, más que nunca, hay irracionalidad en el consumo, miseria evitable, injusticia social, violencia en las ciudades y entre culturas. La pluralidad tiene doble cara. La inestabilidad de referentes no es garantía de un mayor pluralismo. La disolución de identidades perdurables y la multiplicación de referentes valóricos no conllevan necesariamente un desenlace liberador. Entre los posibles efectos podrán encontrarse tanto la rigidización de fronteras (desenlace reactivo), la disminución del compromiso social (desenlace pasivo), la atomización en referentes grupales de tono particularista, salidas intermedias entre la mayor tolerancia y nuevas formas de regulación del conflicto. No asistimos a un *happy ending* sino a la historia en su desarrollo de dulce y agraz. Pero quizás está en los jóvenes la energía y el atrevimiento para pisar el acelerador, inclinar la balanza hacia el encuentro entre culturas y miradas tan distintas, extraer de esos cruces nuevas ideas para repoblar el casillero vacío de las utopías.

NOTAS

1. A partir del modelo de la sociedad japonesa, el sociólogo S. Hayashi caracteriza la sociedad informacional a base de un alto nivel de producción y consumo de información en todas las esferas; un desarrollo tecnológico asociado al procesamiento de la información; la valorización social creciente de la información; y el crecimiento acelerado del valor agregado al producto que contiene información (Hayashi 1987).
2. Quiero advertir al lector que el texto que sigue usa y abusa de otros textos de mi autoría, a saber: Hopenhayn (1997a, capítulo X); Hopenhayn (1994a, caps. 1 a 3); Hopenhayn (1994b); Hopenhayn (1996); y Hopenhayn (1997b).

REFERENCIAS

- Ballón, Eduardo, ed. (1986). *Movimientos sociales y democracia: la fundación de un nuevo orden*. Lima: DESCO.
- Baudrillard, Jean. (1985). El éxtasis comunicacional. En *La postmodernidad* (autores varios). Traducción de Jordi Fibla. Barcelona: Editorial Kairós.
- Berman, Marshall. (1997). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Novena edición. Traducción de Andrea Morales Vidal. México: Siglo XXI.
- Brunner, José Joaquín. (1988). *El espejo trizado: ensayo sobre cultura y políticas culturales*. Santiago: FLACSO.
- Brunner, José Joaquín. (1990). Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana. Documento de trabajo. Santiago: FLACSO.
- Calderón, Fernando, comp. (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires, CLACSO.
- Calderón, Fernando, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone. (1996). *Esa esquiva modernidad: desarrollo, ciudadanía y cultura en América Latina y el Caribe*. Caracas: UNESCO-Editorial Nueva Sociedad.
- Castagnola, José Luis. (1986). Participación y movimientos sociales. *Cuadernos del CLAEH* 39 (Montevideo).
- Castells, Manuel. (1989). *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process*. Cambridge, Massachusetts: Basil Blackwell.
- CEPAL. (1992). *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*. Santiago: Doc. CEPAL LC/G.1701.
- CEPAL. (1996). *Calidad y equidad de la educación media en Chile: rezagos estructurales y criterios emergentes*. Serie Políticas Sociales 8.
- CEPAL-OREALC. (1993). *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*. Santiago: Doc. CEPAL LC/G.1758.

- Evers, Tilman. (1984). *Identidade: a face oculta dos novos movimentos sociais*. Novos Estudos, CEBRAP (Brasil), abril.
- Flisfisch, Angel. (1981). Consenso democrático en el Chile autoritario. En *Cultura política y democratización*, compilado por Norbert Lechner. México: Siglo XXI.
- Gallo, Max. (1990). *Manifeste pour un fin de siècle obscure*. París: Odile Jacob.
- García Canclini, Néstor. (1990). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Germani, Gino y otros. (1985). *Los límites de la democracia*. Buenos Aires: CLACSO.
- Hayashi, S. (1987). *Nihon gata no joho shakai: The Japanese Model for the Information Society*. Tokio: University of Tokyo Press.
- Hopenhayn, Martín. (1993). Moral y secularización en el Chile finisecular: especulaciones para el debate. En Colección Estudios Cieplan No. 38, Santiago, CIEPLAN.
- Hopenhayn, Martín. (1994a). *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Hopenhayn, Martín. (1994b). La industria cultural en la dinámica del desarrollo y la modernidad: nuevas lecturas para América Latina y el Caribe. Santiago: CEPAL, Documento LC/G.1823.
- Hopenhayn, Martín. (1996). La imagen es la moneda. Temas de la Epoca, Diario *La Epoca* (Santiago), 24 de noviembre.
- Hopenhayn, Martín. (1996b). El desafío educativo: en busca de la equidad perdida. Santiago: CEPAL, Doc. LC/R.1665.
- Hopenhayn, Martín. (1997a). *Después del nihilismo: de Nietzsche a Foucault*. Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- Hopenhayn, Martín. (1997b). Globalización y cultura: cinco miradas para Latinoamérica. Diario *La Razón* (La Paz), 17 de agosto.
- Huntington, Samuel. (1993). The Clash of Civilizations. *Foreign Affairs* (verano).
- Jelin, Elizabeth, comp. (1987). *Movimientos sociales y democracia emergente*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Lechner, Norbert. (1984). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: Ainavillo-FLACSO.
- Max-Neef, Manfred, Antonio Elizalde y Martín Hopenhayn. (1987). *Desarrollo a escala humana: una opción para el futuro*. Upsala: Fundación Dag Hammarskjöld-CEPAUR.
- Minc, Alain. (1993). *Le nouveau moyen age*. París: Gallimard.
- Ross, Andrew, ed. (1988). *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*. Edinburgo: Edinburgh University Press.

- Ruffin, Jean Christopher. (1991). *L'Empire et les nouveaux barbares*. París: J.C. Lattes.
- Razeto, Luis y otros. (1983). *Las organizaciones económicas populares*. Santiago: PET.
- Sarlo, Beatriz. (1994). *Escenas de la vida postmoderna*. Buenos Aires: Ariel.
- Touraine, Alain. (1984). *Nuevas pautas de acción colectiva en América Latina*. Santiago: PREALC.
- Touraine, Alain. (1992). *Critique de la modernité*. París: Fayard.
- Touraine, Alain. (1997). *Pouvons-nous vivre ensemble? Egaux et différentes*. París: Fayard.

RESUMEN

Este artículo procura sondear los impactos de la globalización hegemónica sobre los modos en que, desde América Latina y el Caribe, se articula la integración simbólica con el bienestar material. Por ningún lado asoma la síntesis, conforme lo proponía el imaginario clásico del desarrollo, entre integración material (vía redistribución de los beneficios del crecimiento) e integración simbólica (por vía de la política, el consumo mediático y la educación). Asistimos más bien a una caricatura, con un portentoso desarrollo de opciones de gratificación simbólica por vía de la apertura comunicacional, y una concentración creciente de los beneficios económicos de la apertura externa en pocas manos. En este marco disruptivo el presente artículo aborda las dificultades para conciliar las aspiraciones de la subjetividad y los imperativos de la racionalización sistémica (ésta última envasada en la estética publicitaria y la competitividad transnacional); la segmentación en las condiciones de ejercicio de la ciudadanía moderna, debido al acceso desigual a los activos para participar en la llamada sociedad del conocimiento; la búsqueda de identidades tribales en la juventud popular urbana y su recurso a la transgresión como estrategia de autoafirmación cultural; la pérdida de arraigo histórico en la ciudad ocupada por espacios globalizados (el mall, el video-game, la visualidad light); y finalmente la vaga promesa de utopía transcultural por vía de la apertura comunicacional. Todo esto planteado con doble cara : promesa de nuevas formas de realización simbólica y amenaza de mayores niveles de exclusión social. [*Palabras clave:* globalización, medios de comunicación, sociedad informacional, industrias culturales.]

ABSTRACT

This article seeks to assess the impacts of hegemonic globalization on the articulation between symbolic integration and material well-being in Latin America and the Caribbean. Nowhere does a synthesis emerge, as the classic imaginary of development would have it, between material integration (by means of the redistribution of the benefits of economic growth) and symbolic integration (by means of politics, media consumption, and education). We see, instead, a caricature, with the extraordinary development of options for symbolic gratification through the opening of the communications industry and the growing concentration of the economic benefits of this external opening in a few hands. In this disruptive framework, the present article discusses the difficulties of reconciling subjective aspirations with the imperative of systemic rationalization (the latter channeled through the advertising aesthetic and transnational competitiveness); the segmentation in the conditions for exercising modern citizenship, due to the unequal access to the resources needed to participate in the so-called knowledge society; the search for tribal identities among the popular urban sectors of youth and its recourse to transgression as a strategy for cultural self-assertion; the loss of historical rootedness in the city occupied by globalized spaces (malls, video games, light visualities); and finally, the vague promise of a transcultural utopia by means of the communications opening. All of this raises a double issue: the promise of new forms of symbolic realization along with the threat of higher levels of social exclusion. [*Keywords* : globalization, mass media, information society, cultural industries.]